

Puede fallar...



Éra tranquilo, frío y... muy calculador. Un especulador depurado. Desde muy pequeño, sacó a relucir esas picardías que luego serían su sello personal, su impronta. Compraba dos golosinas y le regalaba una, a alguno de sus compañeros de la escuela, seleccionándolo tras una minuciosa observación. Y como es lógico, el elegido se quedaba con ganas de comer más y más, justo a las once y media de la mañana... tras lo cual Juan Marcos le vendía la otra golosina, pero a un precio exorbitante. Casi nunca le fallaba.

Cuando creció, en la exigente escuela secundaria, armado de una blanca cartulina cuadrículada, en la que figuraban los principales partidos de fútbol, gerenciaba los aciertos en los pronósticos deportivos. Aceptaba todas las apuestas, desde centavos a pesos y con la promesa de pagar exactamente el doble de lo que había apostado, al participante que obtuviese más aciertos. Como nadie se quedaba con ningún comprobante... él anunciaba quien había ganado. Y siempre resultaba ser aquel – ¡Oh casualidad! - que menos había apostado. Si alguno había apostado dos centavos, él le pagaba cuatro, anunciando que era el único ganador. Y a partir de ese momento, tenía otro fuerte apostador entre sus seguidores... aunque siempre volvía a ganar el que menos había apostado. Sacaba mucha plata. Casi nunca le fallaba.

Mediante dos rodillos y una palanca, había diseñado una ingeniosa trampa, que provocaba la ilusión que al introducir un papel en blanco por un lado, por el otro salía un billete original, milagrosamente transformado por la máquina “que fabricaba billetes”. Un provinciano ambicioso, se la compró a un precio astronómico. Con los naipes también era un mago y muchos fueron los adversarios que volvían a sus casas, caminando con la cabeza gacha y sin un peso en los bolsillos... O simulaba venderle a algún incauto por la calle, una camisa de seda de primerísima marca, apenas visible en un paquete semi abierto, de la cual aseguraba que no podía informarle como había llegado hasta sus manos. El pobre infeliz recién se daba cuenta en la intimidad de su casa, que solo había comprado el cuello y un poco de tela por debajo del mismo. La camisa, no existía. Pero sacaba mucha plata. Casi nunca le fallaba. Pero anhelaba más.

Y cuando apareció Internet con su conectividad total, en lugar de amilanarse como la mayoría de las personas de su edad, armaba cadenas de correo electrónico, que terminaban remitiéndole de a un dólar por persona... Era poco el valor monetario de cada una, pero eran más de mil personas escribiendo y persiguiendo la quimera del dinero fácil. Pero solo Juan Marcos era el que recibía y recibía. Sacaba mucha plata. Casi nunca le fallaba. Pero anhelaba más. Condiciones él tenía.

Jamás trabajó y aunque nunca amasó una gran fortuna, llegó bien parado a los cincuenta años. Claro que debía pensar en su futuro. Jubilación... era algo en lo que no podía soñar, pues jamás había aportado en ningún lado. Pero algo se le iba a ocurrir. Casi nunca le fallaba.

Amanda ostentaba 78 años, cinco departamentos muy bien alquilados además del que habitaba en la zona residencial, un Mercedes Benz y un Rolls Royce cubiertos por el polvillo inclemente de un garaje, una cuenta con muchos, muchos ceros en el banco nacional y dos maridos enterrados, en el mismo cementerio. Uno, había sido un Coronel insigne del Ejército y el otro, un abogado picapleitos que empezó de cero, pero que llegó a ser odiado y admirado por su astucia. Amanda siempre fue una fiel esposa.

Los ojos de lince de Juan Marcos se iluminaron como brazas, aquella noche de fiesta en la que le presentaron a la anciana Amanda. Bailó solo con ella, la llenó de elogios, piropos y alabanzas. Le recitó todos aquellos poemas que siempre y en todas partes, abrieron los corazones de damas y damiselas. Le narró sus historias de viajes y aventuras, cuidadosamente aprendidas en los diarios, películas, revistas y novelas. Y Amanda le creyó... o se dejó creerle, como siempre le creen las mujeres de cualquier edad, a esos chicos malos que las fascinan con engaños, pero que en el fondo no engañan a nadie. Y Amanda hasta cerró sus ojos cuando se dejó besar en la boca, mientras la luna los miraba, oculta tras las nubes y asomada por encima de la copa de un árbol, en el silencio frío de una madrugada en la puerta de su casa.

Juan Marcos también cerró sus ojos. Pero para realizar cálculos precisos y fríos con números y pesos, especulando con la diferencia de años entre ella, él y los automóviles patinados en polvillo, sopesando rentas por metros cuadrados de cada alquiler e intereses devengados, siempre en los mejores bancos. Con el cuerpo inmóvil mientras la abrazaba, su mente saltaba como un niño, retozando en la mejor juguetería de sus sueños. Y tanto se excitó con sus frondosos pensamientos e ingobernables fantasías, que un orgasmo lo sacudió frenético y así... terminó halagando aun más el alicaído yo de Amanda, al cual ella pensaba detenido para siempre, en el retirado invierno de su vida. Ella jugó el juego de él y como todas y todos, quedó prisionera para siempre de Juan Marcos. - *Esta tipa, no tiene mucho tiempo de vida...* - se regodeaba en su interior, mientras le sonreía con la cara de un perfecto enamorado.

Ella pensaba todo el día en él. Él, también pensaba en él, todo el día. Juan Marcos tomó la decisión y dejó a una joven novia de 25 años, enamorada y empleada, que en los últimos seis meses se había agotado trabajando horas y horas extras, para juntar los dineros y comprar los muebles para casarse con él. Pero él, le sacó hasta el último peso y además la clave, de una bien exprimible y jugosa tarjeta de crédito. Ella se quedó con los recuerdos, las cartas y una eterna deuda con su banco. Cuentan que ella cada tanto repetía, reprimiendo sus lágrimas amargas y tapándose el rostro con las manos:

- *Los vivos existen, porque hay tontos que se lo permiten...* - pero ni siquiera podía darse el lujo de deprimirse demasiado, pues debía trabajar y trabajar de sol a sol, para algún día muy lejano, terminar de pagar la deuda de su cándida inocencia.

Ella 78 y él, 50 años. Una distancia sideral de 28 años, era una jugada perfecta a esa altura de la vida, para convertirse él, en un prospero heredero en poco tiempo. Nada de venenos, accidentes o desapariciones forzadas. No era su estilo. Pero con sexo, mucho, muchísimo sexo a toda hora ¿Quién podría sospechar? ¿Acaso no es sabido que el amor, a veces también mata?

Y emprendió su titánica aventura, sabiendo que se le iba en ello su futuro. Con eficaces pastillas contra la impotencia, con abundantes imágenes y relatos pornográficos bajados de Internet, con imaginaciones, recuerdos y con escasas luces semiocultas en una habitación casi en penumbras, Juan Marcos se olvidaba de las arrugas de Amanda, de sus carnes redundantes, de sus voluminosas verrugas de horribles colores, de su piel de rallador y de la incipiente joroba que ella lucía en su desnuda espalda de setenta y ocho años. Hasta se aguantaba el aliento de ajos y cebollas que expelía Amanda, mirando hacia otro lado. El dinero, todo lo puede. Lo imposible es siempre temporario, en cosas de finanzas.

Y así fue pasando el tiempo, en un licuado de horas, de semanas y de meses, entremezclado burdamente con miles y miles de esforzados besos, orgasmos simulados y eyaculaciones que aliviaban las mentiras, arrugaba las sabanas manchadas y desvanecían los piropos huecos.

Amanda fue la primera en sentir las consecuencias de semejantes locuras de sexo y de mentiras. Pero fue tan solo una leve irritación en sus partes más íntimas, lo cual solucionó su ginecólogo con una oportuna crema y un insignificante óvulo.

Juan Marcos en cambio, comenzó a sentirse muy cansado, luego de tres años de esforzarse como jamás lo había hecho. Amanda terminó llevándolo a control con un médico, el cual le encontró la presión sanguínea por las nubes, el colesterol taponando sus arterias y hasta se atrevió a prohibirle su única "descarga a tierra": el cigarrillo. La impotencia sexual era ahora una realidad inamovible, que lo cacheteaba sumiéndolo en el terror, desde lo más profundo de su orgullo vapuleado.

Amanda parecía congelada en el tiempo, como preservada con abundantes dosis de formol, como si lo hubiese ingerido a litros. Ni más joven, ni más vieja. Siempre igual. Pero Juan Marcos, ahora daba lástima. Y cada día más. Comenzó a temblar en sus manos, su lengua y su cabeza. Le costaba levantarse de la silla y su rostro, transpiraba un sudor cremoso, que parecía untarle su rostro ahora totalmente inexpresivo. Parkinson por arteriosclerosis, le diagnosticó el médico. Ella le tuvo compasión y lo dejó vivir en un pequeño cuarto de servicio, entre libros viejos y uniformes del fallecido coronel, carcomidos por polillas muy hambrientas y nostálgicas. Cuentan que algunas noches de invierno, ella le permitía que el le calentase la cama y hasta que jugase con ella, buscando con las manos suplir lo que ya no le permitía su impotencia. Y después lo echaba, como a un perro que molesta.

Juan Marcos ocupó una tumba muy cercana a las del Coronel y el Abogado. Amanda le hizo colocar en su lápida, el pomposo título de Licenciado. ¿Licenciado?! ¿En qué...? Además, ella jamás me quiso decir cuanto cobró por el seguro de vida que le había hecho sacar a Juan Marcos a favor de sí misma, pero se que pagó todas sus deudas. Y hace poco, contrató a un elegante chofer que la lleva a todas partes. Es un señor canoso, pero muy jovial. Yo lo conocí cuando ella lo hizo asegurarse y le contrató una póliza, en la misma compañía de seguros que a Juan Marcos...

Pobre Juan Marcos, casi nunca le fallaba su estrategia. Pero claro, ahora aprendió. Puede fallar... *Fin*